



## Cinta de *moëbius*

**ES** un grito agudo que termina con el silencio de tu habitación. Respiración entrecortada sobre tu almohada; sudor que empapa tu piel y moja las sábanas. Nuevamente has tenido una pesadilla; no recuerdas, nunca las recuerdas, pero tu cuerpo las vive y tiembla mientras tu estómago se contrae.

[Respirar, mantener, exhalar. Respirar, mantener, exhalar].

Repites ejercicios de respiración e intentas controlar la ansiedad que te circula. No recuerdas el sueño, pero lo sabes: él estuvo allí. Él siempre está.

Las lágrimas retenidas en tus ojos arden, pero te niegas a llorar. Lo has hecho demasiado por aquel hombre que abandonaste. «Fue lo correcto», te repites. Aunque no exista nadie más que te haga sentir el amor apasionado que él despertó en ti, no consentirás que te vuelvan a maltratar, ni siquiera él. Mucho menos él.

[Respirar, mantener, exhalar. Respirar, mantener, exhalar].

Cuando logras retomar el control de tu cuerpo, decides ponerte de pie; la luz que se cuela por los rincones de la cortina te indica que ya ha salido el sol. Te acercas a la ventana, la abres y dejas que el oxígeno frío de la mañana entre a tus pulmones. Es muy temprano y las calles lucen vacías: solo los zorzales que cantan en el árbol florecido que está junto a tu ventana despiertan temprano un domingo.

La tensión en tu cuerpo no disminuye, la explosión de pensamientos no te deja tranquila. Quieres huir... huir como cuando tomaste tu maleta y abandonaste Chile y todo lo que pensaste que era tu vida: él.

Exhalas el aire de tus pulmones y te vistes, quieres correr.

Corres, corres, corres por la orilla de La Barceloneta sin pensar en nada más que el dolor de tus músculos y el sudor que acaricia tu piel. Corres sin saber por cuánto tiempo, corres hasta que la playa comienza a poblarse de turistas, corres hasta que caes sobre la arena. Jadeas, el calor enrojece tu piel, y decides refrescarte en el mar. Te quitas la ropa y la dejas junto a tu mochila, te sumerges en ropa interior y la salinidad del sudor caliente es trastocada por la propia del mar frío.

Respiras. Tu mente encuentra la calma por algunos minutos, pero luego es ese mismo helado mar, inmenso, el que de manera súbita comienza a tragarte, a arrastrarte. El vacío en el estómago y el pulso acelerado te hacen dar la vuelta, apresurada. Sales del agua con las piernas temblando, caes en la arena y respiras.

Respiras.

Ya en calma, sacas una toalla desde la mochila y, mientras te pones un vestido ligero, escuchas a dos muchachas hablar:

—*La meva germana m'ha dit que el nou xiringuito és molt bo.*

—Pues sí que me dan ganas de ir, tía. A mí también me lo han recomendado mucho.

Y tú sonríes ante esas palabras escuchadas al vuelo, habladas en esa extraña mezcla de idiomas tan común allí.

Piensas en sus palabras; ya habías oído sobre el nuevo chiringuito aunque, a decir verdad, es más que la mayoría de los locales playeros que se encuentran en La Barceloneta y El Poblenou. Es un pequeño restaurante informal, ubicado sobre la arena, al que no te parece mala idea asistir, después de todo, muchos turistas con aroma a mar entran constantemente a dichos lugares.

Caminas por la orilla de la playa hasta que divisas el lugar; la madera recién pintada y los amplios y limpios ventanales te dan la bienvenida. Pero no solo eso, también un ligero estremecimiento recorre tu cuerpo cuando entras por primera vez: te resulta curiosamente familiar; pero es imposible, ya que esa es la primera vez que estás allí.

Te diriges hacia la primera mesa que entra en tu campo de visión, te detienes antes de tocar la silla y esperas que tu primera intención de sentarte allí sea interrumpida.

—Señorita —dice uno de los garzones acercándose a ti—, esta mesa está reservada. Si gusta, puedo ofrecerle la que está...

—... junto a la ventana —completas a la vez que observas la pequeña mesa que el garzón te indica.

Vas a esa mesa desde la cual no se ve el mar y crece un nudo en tu garganta. Te sientas y ya no puedes despegar la vista de la ventana y la amplia avenida que se muestra extrañamente solitaria, solo transitada por el ruido de las aves al batir sus alas. Tus ojos comienzan a arder porque esperas observar una imagen que ya tu mente adelanta. Lo sabes: él pronto estará ahí.

Y allí está.

Samuel camina con su natural elegancia mientras el viento mece sus cabellos negros. Es Samuel, pero ese Samuel no es el tuyo: algo en él está mal, aunque no sabes qué.

Quieres vomitar; estás mareada, confusa. Ya no tienes hambre, y la urgencia por seguir a ese hombre, ¿a Samuel?, es imposible de sofocar.

Sales corriendo del chiringuito y no te detienes hasta ver a ese hombre que camina sin prisa por la avenida; lo sigues a prudente distancia, sin saber por qué, pero sintiendo el corazón en la garganta. Caminas en tanto una sensación de extrañeza se va apoderando de tu consciencia; conoces de memoria aquellas calles, pero todo tiene sabor a nuevo, a extranjero.

Él se detiene. Tú te detienes.

La mirada del hombre se dirige al otro lado de la calle; la sigues y una fuerte punzada ataca tu cabeza cuando ves una versión de ti misma sonriendo para aquel hombre.

La oscuridad comienza a absorberlo todo; tu respiración se vuelve pesada y el nudo en tu garganta arde. La imagen frente a tus ojos se distorsiona por las lágrimas que se acumulan en tus ópalos enrojecidos: un dolor desconocido se apodera de ti, por entero.

Negro.

Abres los ojos de golpe, absorbes con violencia una profunda bocanada de aire; respirar ahora duele cuando minutos antes te costaba hacerlo, pero aun así lo haces y el aire entra nuevamente en tus pulmones.

Has despertado debido al grito agudo que termina con el silencio de tu habitación. Respiración entrecortada sobre tu almohada; sudor que empapa tu piel y moja las sábanas. Nuevamente has tenido una pesadilla; no recuerdas, nunca las recuerdas, pero tu cuerpo las vive y tiembla mientras tu estómago se contrae.

[Respirar, mantener, exhalar. Respirar, mantener, exhalar].

Repites ejercicios de respiración e intentas controlar la ansiedad que te circula. No recuerdas el sueño, pero lo sabes: él estuvo allí. Él siempre está.

Las lágrimas retenidas en tus ojos arden, pero te niegas a llorar. Lo has hecho demasiado por aquel hombre que abandonaste. «Fue lo correcto», te repites. Aunque no exista nadie más que te haga sentir el amor apasionado que él despertó en ti, no consentirás que te vuelvan a maltratar, ni siquiera él. Mucho menos él.

[Respirar, mantener, exhalar. Respirar, mantener, exhalar].

Cuando logras retomar el control de tu cuerpo, decides ponerte de pie; la luz que se cuele por los rincones de la cortina te indica que ya ha salido el sol. Te acercas a la ventana, la abres y dejas que el oxígeno frío de la mañana entre a tus pulmones. Es muy temprano y las calles lucen vacías: solo los zorzales que cantan en el árbol florecido que está junto a tu ventana despiertan temprano un domingo.

La tensión en tu cuerpo no disminuye, la explosión de pensamientos no te deja tranquila. Quieres huir... huir como cuando tomaste tu maleta y abandonaste Chile y todo lo que pensaste que era tu vida: él.

Exhalas el aire de tus pulmones y te vistes; quieres correr.

Corres, corres, corres por la orilla de La Barceloneta sin pensar en nada más que el dolor de tus músculos y el sudor que acaricia tu piel. Corres sin saber por cuánto tiempo, corres hasta que la playa comienza a poblarse de turistas, corres hasta que caes sobre la arena. Jadeas, el calor enrojece tu piel, y decides refrescarte en el mar. Te quitas la ropa y la dejas junto a tu mochila, te sumerges en ropa interior y la salinidad del sudor caliente es trastocada por la propia del mar frío.

Respiras. Tu mente encuentra la calma por algunos minutos, pero luego es ese mismo helado mar, inmenso, el que de manera súbita comienza a tragarte, a arrastrarte. El vacío en el estómago y el pulso acelerado te hacen dar la vuelta, apresurada. Sales del agua con las piernas temblando, caes en la arena y respiras.

Respiras.

Ya en calma, sacas una toalla desde la mochila y, mientras te pones un vestido ligero, escuchas a dos muchachas hablar:

—*La meva germana m'ha dit que el nou xiringuito és molt bo.*

—Pues sí que me dan ganas de ir, tía. A mí también me lo han recomendado mucho.

Palideces.

La extrañeza se apodera de tu cuerpo y el mareo hace que vuelvas a sentarte en la arena. No puedes estar repitiendo ese sueño.

—Tranquilízate, tranquilízate —te dices a ti misma. Intentas recordar los ejercicios de respiración a los que siempre recurres para detener el comienzo de tus crisis de ansiedad.

[Respirar profundamente, mantener, exhalar. Respirar profundamente, mantener, exhalar].

Cuando te sientes un poco más tranquila, te pones de pie y caminas sin rumbo fijo eludiendo a propósito el chiringuito. Vas por la avenida para alejarte de la playa, atraviesas un parque entre la sombra de los árboles y el canto de las aves. Sigues caminando sin siquiera tratar de orientarte.

—¡Cuidado! —escuchas la voz de una mujer mayor que te advierte justo antes de cruzar el semáforo en rojo.

—Gracias —respondes con el corazón en la mano cuando un automóvil pasa frente a tus ojos.

Esbozas una sonrisa falsa para agradecer la advertencia y luego miras al frente para asegurarte de que el semáforo está en verde.

Y lo ves.

Allí está.

Samuel te mira con una sonrisa y su mano arriba saluda. Das un paso atrás mientras el pánico comienza a correr por tus venas y piel. El terror se acrecienta cuando frente a él ves una versión de ti misma: ella te mira con la misma palidez que sientes sobre tu rostro.

El horror todo lo vuelve negro. Tus piernas dejan de sostenerte, tu consciencia se apaga.

Negro.

Abres los ojos de golpe, absorbes con violencia una profunda bocanada de aire; respirar ahora duele cuando